

prohibida; por lo tanto, todas las otras te están permitidas" fuera reemplazado o estuviera superpuesto por este otro: "Tu madre está prohibida; por lo tanto, todas las otras te están prohibidas". Este es el "razonamiento" cuyas leyes, alcances y estragos hemos podido descubrir merced al descubrimiento psicoanalítico del inconsciente. Suele hablarse de la falta de organización del ello, entendiéndose por esto que los deseos contradictorios subsisten en él uno junto al otro y sin influirse mutuamente. En realidad, en el ello la contradicción está bien instalada; lo prohibido, presente, pero no dialectizado, su circulación obedece a otras leyes.

"Ausente del inconsciente", la muerte no está sin embargo ni más ni menos presente, ni más ni menos ausente que en el pensamiento conceptual. A veces, los psicoanalistas le buscan equivalentes aproximados en la representación: la ausencia de un ser querido para un niño, por ejemplo, sería una manera de representarla.

La muerte revela su eficacia en la estructura, o, si se quiere, en el en-sí, más que en la representación: está presente en la efracción del deseo parental en el organismo frágil del niño, en la efracción que ese deseo perpetúa desde el interior, amenazando de continuo los límites del yo. Está presente en el deseo mismo, como tendencia radical a alcanzar el nivel más bajo de excitación, sea a la vez como la muerte figurada del goce sexual, sea como esa circulación *extenuante* del sentido que caracteriza a las fantasías inconscientes: estas son las dos significaciones conjuntas que Freud da a la pulsión de muerte, último avatar de lo que fuera ya designado, en forma menos dramática, con los términos de energía libre y proceso primario.

Con respecto a la muerte y la castración, corresponde más a la especulación filosófica que al psicoanálisis determinar cómo pueden ser indistintas y cómo pueden diferenciarse. En el plano de la experiencia, en todo caso, ambas señalan el fracaso absoluto de nuestro narcisismo, y a la vez aquello que lo lleva sin cesar a tratar de reconstituirse.

¿Tomarlas a su cargo? Si el yo debe ser definido como nosotros intentamos hacerlo, es por naturaleza incapaz de ello. La síntesis o la "armonía" del yo, de las que desconfiamos basándonos en nuestra experiencia, no tienen nada que ver probablemente con la precaria y desesperada tarea consistente en pagarle con la misma moneda al "mundo exterior".

INTERPRETAR [CON] FREUD

1

Interpretar con Freud

Interpretar: este vocablo no suscita asombro, y la función que designa —profana o, mejor aun, sagrada— puede parecer bien definida. En todas las épocas, en todas las corrientes culturales se han interpretado los signos, los oráculos, los escritos. La interpretación juega siempre con la ambigüedad, o, como suele decirse, con la "polisemia" del elemento manifiesto: sea que el mensaje se formule como un fenómeno aparentemente natural, que se enuncie en forma de sentencia deliberadamente falaz, o que —biblia o corán— rebase por todas partes, a causa de su riqueza, el texto propuesto a una lectura directa.

Puesto que se alimenta de la ambigüedad de un dato, la interpretación incrementa, en sí misma, esa naturaleza ambigua: en el curso de una negociación en que yo presto mis buenos oficios, puedo protestar de mi imparcialidad recordando a mi interlocutor que "sólo soy el intérprete de los deseos de su adversario B.". Pero, cuando rinda cuentas a B. de esta entrevista, él, inquieto porque fui demasiado lejos en su nombre, se indignará de golpe: "Usted ha interpretado mi pensamiento".

Traducir, pero también distorsionar, agregar y desviar, aunque más no fuera en forma imperceptible, el sentido manifiesto e inmediato, es lo que en psicopatología se conoce como interpretación

paranoica. Sistemático, armado de una visión del mundo que sólo es, sin duda, la contrapartida y la trasposición de una unidad yoica precaria y amenazada, pero más rígida en consecuencia, el paranoico nos ofrece una especie de *compendium* de todos los procedimientos hermenéuticos: interpreta los signos, los gestos, las ausencias y presencias, los textos sagrados o profanos que en forma directa o indirecta siempre se refieren a él. Realiza todo esto con una justeza y una penetración subrayadas ya por Freud.¹ Reformula todo, por cierto, en un discurso personal, pero siguiendo líneas de fuerza virtuales, significaciones inconscientes apenas sugeridas y que él destaca despiadadamente.

En el sentido de toda la hermenéutica no freudiana, cabalística o paranoica, antigua o patrística, interpretar significa situarse más allá del dato y, desde esta posición, avizorar un más acá. Esta gestión pretende ser la de un saber y no temería compararse con la de la ciencia. Pero aquí el dato se presenta ya como portador de un sentido, como un hecho de habla que debe descifrarse, un libro que tendría que ser a la vez leído, traducido y reemplazado por un texto más verídico. Como expresa Foucault con respecto a la hermenéutica del Renacimiento: "Sólo hay comentario cuando, por debajo del lenguaje que se lee y descifra, fluye la soberanía de un Texto primitivo".²

Garante de la empresa de interpretar en forma auténtica, la crítica moderna maltrata esta estructura de dos niveles, el texto manifiesto y el latente. Después de todo, el texto manifiesto —gesto, habla cotidiana o incluso libro— sólo es una "naturaleza" abierta a todos los sentidos. No existe el "Racine" de Racine, de modo que el crítico clásico que pretende restituírnoslo no es más que un fal-

¹ "Con respecto a todas estas manifestaciones del inconsciente de su mujer, [el paranoico celoso] prestaba una atención extraordinaria y creía interpretarlos en forma rigurosa, de manera que en realidad siempre tenía razón e incluso podía recurrir al análisis para confirmar sus celos. En realidad, su anomalía se reducía a observar con demasiada agudeza el inconsciente de su mujer, dándole mucha más importancia que la que cualquier otro le habría atribuido." (S. Freud, 199, "De quelques mécanismes névrotiques dans la jalousie, la paranoïa et l'homosexualité", trad. en la R.F.P., 1932, t. 5, p. 394. [Vers. cast.: "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", O. c., Biblioteca Nueva, Madrid, t. I, 1948.]

² M. Foucault, *Les mots et les choses*, Gallimard, París, 1966, p. 56. [Vers. cast.: *Las palabras y las cosas*, siglo XXI, México, 1968].

sario, o mejor aún, un ingenuo. O bien, si se admite que la obra quizá tenía un sentido para el autor, este sentido no interesa más que cualquier otra variante o variación sobre el texto, a lo sumo como documento "psicológico" y "anecdótico". Interpretar o leer es todo uno: reformular en un universo personal, reanimar con la propia inspiración, como lo hace el "gran intérprete" con la partitura muerta que ha comprado en la casa de música.³

Deutung significa interpretación. Sin ánimo de caer en el misticismo hermenéutico, que extrayendo su autoridad de la "profundidad" germana considera discurso científico lo que sólo es exégesis etimológica y filológica, señalemos que el término alemán tiene resonancias que difieren levemente de las del vocablo francés. *Deutung* es más realista: implica la existencia de un sentido que no debe ser creado sino descubierto. Significa, por cierto, aclarar un texto, pero mostrarlo tal como es, hallar lo verdadero, la significación inmanente: la *Bedeutung*. Para Freud, interpretar es ir del texto manifiesto al texto latente que lo funda, recorrer en sentido inverso las vías que han culminado en la producción del fenómeno. El oscuro presentimiento del sentido, la intuición, son a lo sumo signos precursores de ese trabajo de desciframiento.⁴

La originalidad de la interpretación freudiana merece, en efecto, ser recordada y destacada, pues suele ignorársela, tanto en ciertos esfuerzos teóricos por incluirla en el marco general de una hermenéutica, como en una práctica que, incluso para los psicoanalistas más ortodoxos, no siempre se resiste a las seducciones de una lectura a libro abierto.

Nuestro libro, nuestro texto, pueden ser el síntoma neurótico, los actos o el discurso de un individuo, la descripción de un caso clínico y, de manera ejemplar, el relato de un sueño. Tratamos aquí con un dato que tiene cierto sentido y pretende ser autosuficiente

³ El registro fonográfico o fílmico de la obra musical o teatral no modifica en absoluto la objeción cuando se plantea el principio que la rige: ¿En nombre de qué absoluto otorgar privilegio a la ejecución de *La consagración de la primavera* dirigida por Stravinsky?

⁴ Véase el comienzo de la *Traumdeutung*, que se refiere al "método interpretativo" y define la práctica psicoanalítica en relación con los procedimientos antiguos o populares de interpretación de los sueños. (S. Freud, *op. cit.*, G. W., t. II y III, pp. 100 y ss. Trad. francesa, PUF, París, 1967; pp. 90 y ss.) [Vers. cast.: "La interpretación de los sueños", O. c., Biblioteca Nueva, Madrid, t. I, 1948.]

—significante y significado—: uno se relata a sí mismo los sueños, se ríe o se asusta de ellos, su poética es reconocida universalmente. Se trata, pues, de un texto que podemos leer y, al parecer, resumir, hacerlo objeto de una exposición de segunda mano, etcétera.

Suele decirse —y el propio Freud lo dice a veces— que el psicoanálisis ha descubierto que los sueños tienen un sentido oculto. Y apoyándose en la noción rápidamente *asimilada* de “sobre-determinación”, se añade que existe una pluralidad de sentidos posibles que quizá tengan la misma validez, cada uno en su nivel de relativa “profundidad”. Si la única base está constituida por formulaciones de este tipo, no se alcanza a comprender qué es lo que distingue a Freud de toda la corriente contemporánea que rechaza la idea de que existe *una* interpretación válida de cualquier producción significativa.

Y los propios psicoanalistas se prestan más de una vez a simplificar de este modo su teoría y su práctica: introduzcámonos en una reunión donde uno de ellos expone frente a sus colegas un caso clínico, y prestemos atención a la discusión. Nos resultará fácil atrapar con las manos en la masa al más lúcido y reservado de los oyentes: se arriesga a proponer una interpretación más completa o más profunda del material descrito, utilizando, en forma indudablemente cautelosa, el contexto, las “asociaciones” referidas por el conferenciante, etc. Pero el más loco y no siempre el más joven, llegará incluso a traducir de un tirón y como a libro abierto un sueño que fue descrito incidentalmente y sin comentario alguno. El más loco puede ser, por lo demás, el propio conferenciante, pues no ocupa un lugar *necesariamente* privilegiado y nada lo autoriza a sobreentender que determinado fragmento manifiesto entraña un sentido inconsciente lo bastante claro para que sus oyentes y él mismo accedan a él sin *trabajo*.³

³ Ningún analista se ha resistido a esta clase de interpretación, ni siquiera el mismo Freud. Entusiasmado por el descubrimiento psicoanalítico que empezaba a despuntar, maravillado por la convergencia de las interpretaciones de la cura psicoanalítica de los individuos y las del análisis de los mitos o el folklore, Freud da consistencia y autoridad a una teoría del “simbolismo” que pretende encontrar un lenguaje inconsciente universal; estos símbolos, según ella, no están signados por la historia del individuo ni por las particularidades de determinada civilización. En esa interpretación “simbólica”, Freud llega incluso a ver un segundo método, paralelo al que se apoya en el trabajo paciente de las “asociaciones” individuales.

Sin embargo, si reflexionamos podemos ver que el “simbolismo” (to-

¿Qué caracteriza, pues, a la interpretación psicoanalítica? No sólo la certeza de que en los comportamientos con que trata existen dos textos por lo menos: el que el sujeto da, o se da en la inmediatez de su conciencia, y un texto, una especie de discurso inconsciente que denominamos “fantasía de deseo”; también se caracteriza por el método requerido para pasar de un texto al otro. A este método lo definimos como *análisis*, pero en un sentido hiperbólico y que a la vez se desvía de lo que el espíritu cartesiano entiende por análisis. Las “Reglas del método” suponían una descomposición en partes naturales y simples, susceptibles de ser yuxtapuestas unas a otras, de modo que el proceso de reconstrucción, de “síntesis”, se correspondía naturalmente con los términos de una delimitación ajustada convenientemente a las líneas de escisión del objeto. Las cosas ocurren de otra manera en la técnica psicoanalítica. Las dos reglas del diálogo, la de las *asociaciones libres* para el analizado, y la de la *atención igualmente flotante* para el analista, configuran una *totalidad metodológica*. El acento se pone esencialmente en el precepto de tratar *de igual manera* todos los elementos del discurso. Cada uno de los detalles de un sueño, por ejemplo, debe ser tomado —sin otorgar privilegio a ninguno en particular— como punto de partida posible de una cadena asociativa. Pero el término “elemento” no debe ilusionarnos: en un sueño, *no* hay *partes extra partes* pasibles de una delimitación simple; los elementos no son átomos significantes, ni siquiera átomos “distintivos”, en el sentido en que puede concebirlo la teoría lingüística respecto del discurso articulado. Lo que denominamos elemento del relato es, hablando con propiedad, *cualquier parte* de éste, tanto un detalle como una escena o el sueño en conjunto. No existe ninguna relación de subordinación entre la parte y el todo: la parte puede valer por el todo, y el todo puede tener el valor de un elemento más. Lo que Freud denominó *desplazamiento de la intensidad psíquica*, o incluso *inversión de todos los valores psíquicos* en el sueño, no es otra cosa que la justificación teórica de esta regla de fragmentación de la unidad significativa según todas las líneas de división imaginables y los límites aparentemente menos naturales.

mado en el sentido preciso de una “simbólica”) podría reducirse a un único símbolo verdaderamente universal: el elemento significativo mínimo y separable, el “pequeño” (“*das Kleine*”), el falo en sus innumerables figuraciones.

Escandalosa para el pudor o el sentido moral, la regla de no omitir nada en la sesión y de tratar de la misma manera cualquier pensamiento es tan chocante para el entendimiento como para el "yo". Sólo las delimitaciones y validaciones nos obligan a admitir las paradojas y los paralogismos que entraña. Así, pueden formar parte de los *elementos* del sueño —y sin que nada les confiera un valor privilegiado— la impresión que produjo en el analista (¿tristeza, susto?) o el juicio que él cree formular "en segunda instancia" sobre aquél. "Ese sueño era vaporoso", o "a partir de este momento no recuerdo más": estas frases pueden ponernos sobre la pista, no de un rasgo del sueño, sino de un "pensamiento latente" *entre otros* —p. ej., el de que a mi amigo X. le gusta ponerse ropas un poco "vaporosas", o el de que incurrí en un olvido en estado de vigilia, antes de soñar—. En cambio, un detalle insignificante, absurdo, apenas perceptible, puede señalar, como lo haría un "exponente" algebraico, el *conjunto* de la fórmula del sueño con el signo de la negación o de la burla. Así, incluso el relato puede valer por el contenido, el significante por el significado, y a la inversa. La metáfora adquiere plenamente su peso de realidad: el recuerdo de esta persona que tengo en la mente es el objeto que he puesto en mí, que he incorporado y puede ser propicio o destructivo.

Para el psicoanálisis, interpretar significa en primer lugar dismantelar y poner a la vista, en forma radical, la organización del "texto" manifiesto. Hecho esto, seguir sin perder pie las cadenas asociativas que forman una red aparentemente desordenada y monstruosa, sin proporción ni correspondencia con la cadena de la que depende. Y si un contenido latente consigue esbozarse, nunca lo hace como una traducción, en el sentido corriente del término, ni incluso como una transformación que, aunque sea tan compleja, de acuerdo con su ley, como una anamorfosis, haría corresponder punto por punto el texto manifiesto con el contenido latente.

Interpretar es aferrarse firmemente a los faldones del discurso, es aceptar no ver más allá del paso siguiente, animado por la única certeza de que las huellas del cazador terminarán por dibujar, por los entrecruzamientos de sus innumerables lazos, los *nudos* significantes que jalonan determinada secuencia inconsciente."

" Véase Laplanche y Leclaire, "L'inconscient, une étude psychanalytique" (*Les Temps Modernes*, julio de 1961) [Vers. cast. *cit.*], y sobre todo el análisis de Leclaire sobre el "sueño del unicornio".

Y, si en algunas oportunidades es necesario tratar de enunciar esa secuencia en un discurso, eso apenas puede considerarse como interpretar, hasta tal punto que Freud, en un artículo tardío, prefirió introducir el nuevo término "construcción" para reservar el de interpretación a ese derrotero que lleva de lo singular a lo singular y que constituye la esencia del quehacer analítico: "El término interpretación se refiere a la manera en que nos ocupamos de un elemento particular del material, una idea surgida de repente, un acto fallido, etc. Pero podemos hablar de construcción cuando se le presenta al analizado una parte de su olvidada prehistoria."⁷

La construcción es un proceso semejante a la interpretación pero diferente de ella, y consistiría en ligar, en la secuencia fantaseada, cierto número de elementos significantes a los que está fijado el deseo. En cuanto a esa "reconstrucción", a esta "síntesis", con respecto a la cual más de una vez se ha denunciado que no fuera brindada al paciente sacudido por el análisis hasta en sus razones de vivir, Freud siempre se ha declarado incompetente. En este punto, el adversario, Jung y la Escuela de Zurich, lanza en dos frentes un solo ataque. A veces, Jung reclama en forma más abierta que el analista reemplace lo destruido por su interpretación "reductora" proponiendo al neurótico nuevos ideales de naturaleza "ética" y religiosa (edificar: reconstrucción piadosa...). Otras, y de manera más insidiosa, presenta su exhortación religiosa bajo la forma de una interpretación, cuando no como la única interpretación válida. Esta es la vía "anagógica", que pretende invertir la interpretación freudiana restituyéndole su sentido "verdadero", aunque al mismo tiempo restablece la tradición teológica, que propone elevarse del sentido literal de los textos sagrados a su sentido "espiritual". Las estructuras de la fantasía descubiertas por el análisis freudiano se convierten a su vez en "símbolos" que deben ser descifrados: "El complejo de Edipo sólo tiene valor 'simbólico': la madre significa lo inaccesible, aquello a lo que es preciso renunciar en beneficio del progreso cultural; el padre asesinado en el mito de Edipo es el padre 'interior', del cual tiene que liberarse el individuo para adquirir independencia".⁸ Huelga señalar que esa presunta

⁷ S. Freud, *Constructions dans l'analyse*, G. W., t. XVI, p. 47. [Vers. cast.: "Construcciones en psicoanálisis", O. c., Biblioteca Nueva, Madrid, t. III, 1948.]

⁸ S. Freud, *Contribution à l'histoire du mouvement psychanalytique*, G. W.,

inversión de la perspectiva freudiana menosprecia los aspectos revolucionario y científico del *método* psicoanalítico, para volver al desciframiento místico del *Tratado de las Firmas*. Sin ánimo de cuestionar la eficacia de la terapia jungiana (¿para quién y para qué?), señalemos que la interpretación en que pretende fundarse sólo consiste, en última instancia, en captar el deseo del sujeto, en incluir su discurso en otro discurso: el del *médico del alma*.

2

¿Interpretar a Freud?

Leer - interpretar: entre ambos términos se sitúa un debate teórico sobre lo que la prensa denomina "el retorno a Freud". Y ellos mismos son objeto de interpretación. Pues aquel que se autodenomina Lector de Freud ennoblece a este calificativo con una mayúscula que consagra su lectura como Unica y Profética. Y aquel otro que pretende afirmar la posibilidad de mantener separados el tiempo de la lectura de Freud y el tiempo de la interpretación, deja de lado, en su propia metodología, lo que puede aprenderse de Freud leyéndolo e interpretándolo."

El punto débil no es, en efecto, aquel que concierne al derecho que tiene quien no sea analista de leer a Freud, de exponerlo o interpretarlo,¹⁰ sino el que plantea cómo ha de evaluarse lo que se denomina lectura y lo que se denomina interpretación. ¿Lectura? M. Tort ha formulado la objeción decisiva a este enunciado: toda lectura de un gran autor no es necesariamente interpretación, afir-

t. X, p. 108. [Vers. cast.: "Historia del movimiento psicoanalítico", O. c., Biblioteca Nueva, Madrid, t. II, 1948.]

¹⁰ Podemos seguir el debate concerniente a la obra de P. Ricoeur, *Freud, una interpretación de la cultura* (siglo XXI, México, 1970), en M. Tort, *La interpretación o la máquina hermenéutica* (Nueva Visión, Buenos Aires, 1976) y P. Ricoeur ("Une interprétation philosophique de Freud", *La NEF*, n.º 31, julio-octubre de 1967).

¹¹ ¿Es necesario que la intimidación hecha por algunos "analistas", el chantaje con la experiencia incommunicable, con el "campo" y con el coto reservado de la cura hayan estado "en el candelero" para que la filosofía, olvidando su quehacer soberano ("*homo sum...*"), deba al principio infundirse valor para hacer frente, recordando que, después de todo, "Freud vino a nuestro campo". (Y se hizo hombre, y habitó entre nosotros...)?

mando: "El verdadero problema de la 'lectura' no es de ningún modo expulsar toda interpretación, sino construir una que corresponda rigurosamente al texto". Y muestra que una lectura que no pretenda ser otra cosa que una lectura, exposición fiel que apunte pedagógicamente a reemplazar el propio texto, también sería una interpretación, pero por omisión. Contribuyamos a este debate con dos extractos de la obra de Freud que se refieren a lo que hace y a lo que dice.

Con respecto a lo que hace, ocurre que él mismo es... lector de Freud, y expone sintéticamente su pensamiento, sea como una presentación dogmática o bien como una historia evolutiva de sus ideas. Bien mirado, por más apasionantes que puedan ser estos textos, tienen por cierto su parte de responsabilidad en la degradación y simplificación de la doctrina, en el desconocimiento y la distorsión de su auténtica historia. Sin embargo, Freud no es de esos autores que viven de la explotación de una obra pasada; lo prueba el cuidado que pone en redactar su *Compendio de psicoanálisis*, aun en los últimos años de su vida. Pero el desarrollo sistemático y sintético, que quiere ser un reflejo fiel de la obra y sólo eso, abre, sin duda, el campo a mecanismos intelectuales situados en otro nivel más "superficial" y diferentes de los que intervienen en el descubrimiento y la exposición de primera mano.

El concepto de "elaboración secundaria" forjado por Freud con respecto al sueño es directamente utilizable en otros campos. Esta "consideración por la inteligibilidad" tiene por fin volver aceptable, en comparación con las exigencias morales, lógicas e incluso estéticas del pensamiento en vigilia, un contenido en el cual se expresa, aunque de manera ya distorsionada, algo de la vivacidad y de la índole incoercible del psico inconsciente. Dicho mecanismo se encuentra de manera más o menos notoria en toda producción consciente, y en forma ejemplar, en el sueño, donde moldea e impone (como "adherido") el argumento. "Es inherente a nosotros una función intelectual que exige unificación, coherencia e inteligibilidad de todos los materiales que se ofrecen a nuestra percepción o a nuestro pensamiento, y que no teme establecer relaciones erróneas cuando, a causa de ciertas circunstancias, no puede captar las relaciones apropiadas. Conocemos algunos sistemas que caracterizan, no sólo a los sueños, sino también a las fobias, al pensamiento obsesivo y las diversas formas del delirio. En las afecciones delirantes (la pa-

ranía), el sistema es lo más manifiesto, domina el cuadro mórbido; pero no debe ser descuidado en las otras formas de psiconeurosis. En todos los casos es posible demostrar que se ha efectuado una reorganización del material psíquico en función de un nuevo fin, reorganización que muchas veces es fundamentalmente forzada, aunque comprensible si la consideramos desde el punto de vista del sistema".¹¹

De acuerdo con P. Ricoeur, leer y exponer a Freud es hacer una "reconstrucción arquitectónica de la obra", "producir... un homólogo, es decir —en el sentido estricto del término— un objeto vicario que tenga la misma organización que la obra".¹² Pero si los efectos más directos de la elaboración secundaria se revelan en lo que una obra implica de más manifiesto, en el cuidado por la inteligibilidad, cuando no por el sentido común, en la conformación y la disposición arquitectónica, ¿cómo es posible que una "pura" lectura de Freud —suponiendo que fuera posible— pueda tener otro efecto que el de reforzar los efectos de filtro, de censura y de obstrucción, los efectos "yoicos", incluso "superyoicos", ya esbozados en la inevitable lectura de Freud por Freud?

De la "lectura" a la "interpretación" pasamos, siguiendo a Ricoeur, de un polo al otro: de la pura e imposible objetividad a esta "reformulación en otro discurso" para la cual el autor reivindica, si no los derechos de la subjetividad individual, por lo menos los de una especie de subjetividad filosófica: "No digo que una sola filosofía sea capaz de proporcionar la estructura de acogida que pueda explicitar la relación existente entre la fuerza y el sentido: creo que podemos referirnos a la lectura de Freud, y sólo a una interpretación filosófica de Freud. La que yo propongo se vincula con la filosofía reflexiva".¹³ Sin embargo, la franqueza con que Ricoeur define su interpretación como extrínseca, como apropiación de un pensamiento, o incluso como "reformulación reflexiva", no debería eximirlo de responder a esta pregunta: ¿Cuál es el

¹¹ S. Freud, 1912, *Totem et tabou*, G. W., t. IX, p. 117. [Vers. cast.: "Totem y tabú", O. e., Biblioteca Nueva, Madrid, t. II, 1948.]

¹² *La NEF*, n.º 31, julio-octubre de 1967, p. 112.

¹³ *Ibid.*, p. 119. Son términos que florecen en gran número. Se habla en 1967 de una "estructura de acogida" para los futuros huérfanos de la UNR. Pero, ¿no ha construido Freud "en firme", lo cual hace innecesario proponer uno (o varios) centros de hospedaje prefabricados destinados a albergar a algunos infortunados freudianos, errantes y ateridos?

destino del *descubrimiento freudiano de la interpretación* según esa concepción de la interpretación? Pues si lo que Freud denominó *Deutung* implica que ha pretendido ofrecer un método original, fundado y confirmado por una experiencia desarrollada en forma paciente y rigurosa, en una palabra, un método científico, o bien es necesario que sólo sea, en el fondo, un nuevo avatar de la eterna hermenéutica, o bien convendría que nos expliquen por qué *nada* en este método freudiano es, si no directamente utilizable, por lo menos susceptible de ser traspuesto cuando se aspira a ser intérprete de Freud. Y no sería suficiente que nos objetaran la confusión de dominios o niveles: interpretar al ser humano por un lado, interpretar el pensamiento freudiano por el otro. Porque si comprendemos bien a P. Ricoeur, la *misma clase* de "teleología" incluye al sujeto y al freudismo en "una sucesión de figuras, cada una de las cuales encuentra su sentido en las siguientes".¹⁴

A falta de respuesta a esa pregunta, deberíamos llegar a la siguiente conclusión: con su método interpretativo, P. Ricoeur llega precisamente a lo que Freud siempre recusó, aquello contra lo cual luchó a través de la desviación junguiana: la antigua hermenéutica de inspiración religiosa, la "acogida" del sujeto en el seno de una "teleología" que se le ofrece como la forma más alta y verdadera de sus conflictos. Con la Escuela de Zurich, lo "anagógico" enfrentaba este dilema: asumir su naturaleza de adoctrinamiento piadoso o presentarse bajo la máscara de la interpretación psicoanalítica. En P. Ricoeur, la hermenéutica se declara abiertamente como reformulación de un discurso en la alteridad contingente de otro discurso (*una interpretación*), sin retener nada de aquello a que apuntaba el quehacer freudiano ("los deseos inconscientes llevados a su expresión última y más auténtica"),¹⁵ ni los medios rigurosos que creía necesario utilizar para conseguirlo.¹⁶

¹⁴ *La NEF*, p. 124.

¹⁵ S. Freud, *L'interprétation du rêve*, G. W., t. II-III, p. 625. [Vers. cast. *cit.*]

¹⁶ La referencia a Hegel no es de ningún modo unívoca si se quiere esclarecer la "dialéctica teleológica", que permitiría una "recuperación" del freudismo. Los análisis hegelianos mejores y más convincentes son aquellos en que la nueva "figura", la interpretación, se impone en una permanencia apasionada, atenta y obstinada en contacto con la literalidad de la "figura" precedente. A causa de este aspecto "prosaico" del trabajo de "lectura", Hegel no deja de prefigurar la interpretación "reductora" de Freud.

Interpretar [con] Freud

Con respecto al modo en que enfocamos el texto freudiano, no lo denominamos "psicoanalítico" e "interpretativo" en el sentido en que lo concibe Ernest Jones en su biografía de Freud, inspirándose —debemos reconocerlo— en indicaciones dadas por el propio Freud. El esquema propuesto a veces por Freud para hacer un estudio psicoanalítico del pensamiento, una psicografía de los artistas, los filósofos, etc.,¹⁷ no podría considerarse la última palabra del psicoanálisis sobre este asunto. Atrapado entre la reducción del pensamiento a condiciones puramente subjetivas surgidas de la contingencia de una historia individual, y la crítica meramente racional de este pensamiento, Freud sólo consigue llegar a una hábil solución de compromiso: el psicoanálisis —dice— pone el dedo en los puntos débiles de tal teoría, pero compete a la crítica racional, interna, demostrar esas debilidades descubiertas por otra disciplina.

Aplicado a los filósofos, aplicado por Jones al propio Freud, este método pasa por alto aparentemente uno de los puntos esenciales del descubrimiento freudiano: el neurótico en su síntoma, y con mayor motivo el pensador hasta en algunas desviaciones de su razonamiento, deben tener, en cierto modo, razón. Una psicografía psicoanalítica que tomara siempre en serio esta máxima no podría desembocar en lo puramente contingente, en lo aberrante, sino en un deseo cuyas figuras y razones perfilan un fragmento de una combinatoria más general.¹⁸

Lo cierto es, sin embargo, que el análisis de un pensador y de su obra tropezará siempre con esta objeción de principio: estamos fuera del contexto de la cura, condición fundamental para la aplicación del método. E incluso si queremos prescindir de tales consideraciones (como hizo Freud con respecto al presidente Schreber, por ejemplo), debemos confesar que, en el caso de Freud, los elementos biográficos de que disponemos son increíblemente incompletos, están escandalosamente fragmentados y censurados (en primer lugar por el autor).

¹⁷ S. Freud, *El interés del psicoanálisis*, 1911.

¹⁸ Véase lo que tratamos de hacer en nuestro trabajo sobre *Hölderlin et la question du père*, PUF, París, 1961. [Vers. cast.: *Hölderlin y el problema del padre*, Corregidor, Buenos Aires, 1975.]

El peso de estas objeciones es muy grande, pero sólo ejercen toda su presión sobre el proyecto de realizar una psicografía psicoanalítica de Freud. La empresa cuyas condiciones de posibilidad esbozamos aquí es diferente: trasponer, *mutatis mutandis*, el método freudiano de análisis del individuo y de su deseo a las exigencias de un pensamiento, es decir, a lo que en el plano discursivo se *emparenta* más con ese deseo. Así como sólo hemos dado indicaciones fragmentarias con respecto al método de interpretación psicoanalítica en la cura, también debemos limitarnos aquí a señalar algunos puntos metodológicos.

Llevado al consultorio del psicoanalista, el desmantelamiento del pensamiento y la expresión, el hecho de poner en el mismo plano lo "insignificante" y la declaración de principio reafirmada de continuo, la parte y el todo, etc., constituye una regla metodológica saludable en la medida en que revierte las elaboraciones secundarias y los camuflajes del entendimiento, permitiendo el desarrollo de otras redes de significados. Esta regla, que incluso podríamos denominar principio del análisis igualitario, culmina en un respeto renovado por la literalidad. Sin que la literalidad del razonamiento sea pasada por alto, se debe confrontarla con —y contrapesarla por— la literalidad del concepto. Un trabajo realizado con la colaboración de J.-B. Pontalis¹⁹ nos permitió comprobar hasta qué punto el desmembramiento de un pensamiento, lejos de desembocar en un caos, permitía poner en evidencia el rigor del quehacer freudiano en cuanto a la creación y utilización de los conceptos.

Surcar la obra en todos los sentidos, sin omitir ni privilegiar nada *a priori*, es tal vez para nosotros el equivalente de la regla fundamental de la cura. Una vez que ésta ha sido formulada y aplicada, podemos hallar en la obra numerosos mecanismos o procedimientos inconscientes descubiertos por la interpretación psicoanalítica de la neurosis o los sueños.

Como hemos visto, *el carácter absurdo de un detalle* puede signar con el *símbolo de la negación* el conjunto de un sueño. En la historia del pensamiento freudiano, este procedimiento del inconsciente aparece en más de una oportunidad. Así, cuando Freud introduce en 1895 los conceptos de *energía ligada* y de *energía libre*,

¹⁹ J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Vocabulaire de la Psychanalyse*, opt. cit. [Vers. cast. cit.]

que serán fundamentales para la doctrina, sólo pretende adoptar la oposición introducida por Breuer entre dos clases de energía cerebral: la tónica o estática, y la cinética. Ahora bien, tres puntos llaman la atención: 1) A Freud le parece útil emplear términos diferentes de los empleados por Breuer. 2) Los términos que él utiliza pertenecen en realidad a la física de Helmholtz, donde tienen un uso muy preciso que Freud y el mismo Breuer conocen muy bien. 3) El uso que hace Freud de estos términos es aberrante e incluso absurdo con relación al de Helmholtz, puesto que la energía libre de Freud corresponde a grandes rasgos a la energía ligada de Helmholtz, y viceversa. Consideramos que eso es el signo de un desplazamiento que debemos reconocer, de una inversión que debe ser corregida: lo que Freud, inconscientemente, cree señalar así con el signo de la crítica, es la teoría de Breuer, con la cual explícitamente siempre creará estar de acuerdo.

La teoría freudiana de la génesis de la sexualidad o de la pulsión ofrece un ejemplo cabal del *olvido, en el sentido de lo reprimido*, puesto que Freud, después de haber descrito de manera muy pertinente (en *Tres ensayos*) el origen de la sexualidad a partir de toda actividad del ser humano (origen caracterizado por los términos de autoerotismo, apuntalamiento, perversidad polimorfa, etc.), termina aparentemente por reubicar, con su teoría del "ello", la pulsión en el orden natural y biológico. Frente a un olvido tan completo, que se perpetuará en los sucesores de Freud, el psicoanalista no puede eludir la interpretación. Para él, este olvido no es más que el derivado, el avatar intelectual de una represión fundamental: aquella por la cual la pulsión, renegando de sus orígenes infantiles e intersubjetivos, termina por ofrecerse al sujeto como algo natural, desembocando después de rodeos complejos y azarosos en una regulación *cuasi* instintiva de la actividad sexual del individuo.

Equivalencias o permutaciones del significante y el significado, del objeto y la expresión; aparente confusión del plano de la realidad y la causalidad con el de la metáfora: todo esto tiene que ser corregido, analizado e interpretado. De este modo, si nos dicen que el "yo no es sólo una superficie sino también la proyección de una superficie", de nada sirve denunciar la confusión grosera entre el modelo espacial del aparato psíquico, en cuya superficie estaría el yo, y el proceso proyectivo real (en el sentido geométrico y neurológico a la vez) que se agregaría a este modelo en virtud de

un razonamiento ingenuo demasiado evidente. Es necesario llegar a entender que existen relaciones complejas, redes apretadas entre las metáforas formuladas conscientemente por Freud, las metáforas inconscientes que pueden encontrarse interpretando su pensamiento, y esas especies de metáforas realizadas (p. ej., las identificaciones) descubiertas por el psicoanálisis, que las considera constitutivas del ser humano. Vemos que este tipo de interpretación debería situarse a distancia de lo manifiesto, hasta tal punto desconfía de todo lo que es intervención "yoica" en el contexto de la doctrina. ¿Quiere decir que este uso metódico y crítico del emparejamiento de los significantes de la obra implica rechazar definitivamente toda perspectiva, tanto la histórica como la arquitectónica? Se nos perdonará que sólo hagamos mención de este problema complejo.

En un enfoque interpretativo inspirado en el descubrimiento freudiano, quizá deba reformularse en otro nivel el concepto de historia (historia de un pensamiento): en el nivel de una "histórica" (en el sentido de pasar del problema a la "problemática").

Esta "histórica", lejos de ser más simple que la historia, de ser el *geométral* que podría explicar idealmente el paso de un "estado de sistema" a otro,²⁰ sería más compleja, al desarrollarse en varios niveles. Pero, para formular sus principios, convendría examinar en primer lugar las múltiples funciones de la contradicción y definir el rol y la significación principal de la instancia repetitiva del deseo.

¿Y la perspectiva arquitectónica? Este término implica las ideas de sistema, de ordenamiento apropiado, de armonía, hasta el punto de que el analista sólo puede tomarlo con cierta desconfianza. Prefiere a menudo el de "estructura", con respecto al cual Jean Pouillon ha hecho en fecha reciente —más allá de las manías de la moda— un intento de definición particularmente convincente.²¹ El psicoanálisis freudiano pone en esta definición un acento muy particular, ligado a su método: la estructura no podría ser asimilada a la forma o al sistema, en la medida en que éstos implican sobre todo un equilibrio entre partes cuyo peso comparativo puede evaluarse en función de la importancia casi volumétrica que adquieren en el conjunto. Como se ha visto, uno de los resultados de la interpretación freudiana es desvalorizar las consideraciones de or-

²⁰ Véase P. Ricoeur, *La NEF*, p. 115.

²¹ *Les Temps Modernes*, n.º 246, noviembre de 1966.

denamiento, de subordinación de la parte al todo, etc., mostrando, por ejemplo, que un detalle ínfimo del sistema manifiesto puede constituir, en el nivel inconsciente, la clave que contrapesa enormes masas "energéticas". Para Freud (es decir, para su obra y su objeto), la estructura es un equilibrio binario o ternario entre elementos que en el curso de la historia pueden ser enteramente desplazados, catectizados por una función muy diferente pero conservando en la obra manifiesta el mismo nombre y, en apariencia, la misma naturaleza. Para no tomar más que un ejemplo, es imposible encontrar, más allá de las formulaciones inhábiles a veces de Freud, la significación del principio de placer, sin tener en cuenta los trastrocamientos estructurales, los cambios casi calidoscópicos de catectización que culminan en esta paradoja aparente: el principio de placer, puesto al comienzo de la obra freudiana del lado de la pulsión sexual, es en cierto momento anexado a la pulsión de muerte, para encontrarse finalmente como principio regulador del *Eros*, esa fuerza constructiva y generadora de síntesis que, en el final de la obra de Freud, difiere mucho de lo que en 1905 se describía como *sexualidad*.

Podría hacerse, quizás, una historia estructural del pensamiento de Freud si se lo tuviera en cuenta dentro de su método. Tal historia impone, como condición previa, hacer un alto en una obra y sus *impasses*, aceptar plenamente el tiempo de un análisis "reductor". ¿Podemos reprocharle que desemboque en concepciones relativamente fijistas, en la medida en que termina por mostrar, a través de las mutaciones de la teoría, la permanencia de una exigencia, la permanencia de un descubrimiento que quizá tenga que encontrar aún su forma *científica* apropiada?

LA POSICION ORIGINARIA DEL MASOQUISMO EN EL CAMPO DE LA PULSION SEXUAL

I

Son numerosas las paradojas vinculadas con la noción de masoquismo y su teoría psicoanalítica. Mencionaré sólo algunas de ellas:

A) *La definición del masoquismo* como placer buscado y encontrado en el *displacer*, deja abiertas pocas posibilidades. En efecto, es menester introducir alguna diferencia de nivel, o un desplazamiento nocional, para tratar de salvar la ecuación que establece una equivalencia entre el placer y el *displacer*. Podemos, por ejemplo, reemplazar el término placer por el de "búsqueda"; pero admitir la idea de que se busca el *displacer* por el *displacer* mismo implica resignarse —como lo apunta Freud en los primeros párrafos de *El problema económico del masoquismo*— a que el principio de placer, "guardián de nuestra vida psíquica, sea cotizado, por así decirlo". Sea cual fuere la interpretación que demos al concepto de "placer", no podemos prescindir de cierta forma de "principio de placer" para dar cuenta de todo lo que aparece en el campo psicológico.

Podemos tratar de salir airosos de la situación ubicando en un lugar diferente cada uno de los dos términos, de acuerdo con esta formulación rebatida: "Lo que es placer para un sistema es *displacer* para el otro". El complemento natural de esta solución está en una concepción que otorga prioridad al tiempo del sadismo en relación con el del masoquismo: *aparentemente*, en el argumento sádico